

RELECTURA DEL REGIONALISMO¹

Francisco José LÓPEZ ALFONSO
Universitat de València

Los de abajo, *La vorágine*, *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara* o *Huasipungo* son novelas que las historias de la literatura hispanoamericana colocan bajo el rubro de *mundonovismo*², *novela de la tierra*³, *novela tradicional*⁴, *regionalismo* u otros. La indeterminación terminológica, además de pequeños matices de contenido, responde a la misma vaguedad conceptual de la categoría. Esta novela —que convendremos en llamar regionalista—, escrita entre 1910 y 1940 aproximadamente, se caracterizaría, según la lección tradicional, por estar concebida según los moldes narrativos del realismo decimonónico y por constreñirse de manera obsesiva a dos núcleos temáticos: la tremenda lucha del hombre contra la naturaleza y el conflicto, no menos dramático, del hombre enfrentado a las injusticias sociales, en el repetido esquema de explotadores y explotados⁵.

Esta generalizada opinión, enfatizaba la relación entre los hombres y la tierra hasta el extremo de hacer de la última la protagonista auténtica de los relatos:

(...) las grandes novelas de América —afirmaba Pedro Grases en 1943— las que dan la tónica o son exponente de las demás creaciones novelísticas, han rectificado el concepto tradicional de dicho género. Ya no es el hombre ni siquiera el factor humanidad, lo fundamental, el protagonista de la novela americana. Sus grandes personajes son «vitalizaciones» de la Naturaleza, (...) Los tipos humanos están reducidos a simples accidentes; sus acciones viven apagadas a la sombra de acontecimientos geográficos más influyentes y operantes en la vida del continente⁶.

1 Este trabajo es la primera parte de uno centrado en el análisis de *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos.

2 Así la denomina, por ejemplo, Cedomil Goic en la «Introducción» que hace al capítulo 10, «La novela modernista y las 'novelas ejemplares de América'» en el volumen 2 de la *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, coordinada por él, de la editorial Crítica, Barcelona, 1991, págs. 543-569.

3 Es el término empleado por Torres-Rioseco, Arturo, «De la novela en América», en Loveluck, Juan (ed.), *La novela hispanoamericana*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, págs. 76-80.

4 Es la expresión elegida por Loveluck, Juan, «Introducción: Crisis y renovación de la novela hispanoamericana», en Loveluck, Juan (ed.), *op. cit.*, págs. 12-29.

5 *Ibidem*, pág. 15.

6 Grases, Pedro, «De la novela en América», en Loveluck, Juan (ed.), *op. cit.*, págs. 68-75, pág. 70.

El desmesurado juicio fue refutado con solidez por Arturo Torres Rioseco⁷, José Antonio Portuondo⁸, y, sobre todo, por Enrique Anderson Imbert⁹, quien apuntó el sentimiento secretamente colonial que abrigaba la tesis de Grases bajo la apariencia de una afirmación de autonomía para las letras americanas.

«La novela americana —decía Grases— forzosamente ha tomado otro rumbo en abierta disparidad con la gran narrativa europea, hecho éste que me parece de toda evidencia y rotundidad»¹⁰. A lo que Anderson Imbert respondía: «Si la tesis de Grases fuera que en Europa se novela la Historia y en Hispanoamérica se novela la Geografía, yo disientiría»¹¹.

Sin negar la importancia de la naturaleza en estas novelas, a veces mayúscula, no parece cierto que en ellas, necesariamente, el hombre deba mantener una encarnizada guerra con la tierra. En textos como *Los de abajo* o *Don Segundo Sombra*, la naturaleza no es enemiga del hombre y su función resulta muy limitada.

Tampoco el otro gran tema atribuido a la novela regionalista —la lucha del hombre contra las injusticias sociales— consigue explicarla satisfactoriamente. Hay relatos, como la mencionada novela de Güiraldes, que no se ajustan al esquema propuesto.

Otro extendido lugar común es el que enfrenta con férrea rigidez la novela regionalista a la del modernismo, aun reconociendo el vínculo estilístico. Así, Cedomil Goic señala que la novela modernista «representa un mundo en su condición cambiante y esencialmente decadente» mientras que la del regionalismo «lo representa en su condición típica, permanente y estática». Aquélla, dice, «traza la transformación de un mundo» y ésta, «un tipo o clase de mundo definida»¹².

El argumento, mecánico y simplificador, no considera que si el modernismo —cuyo rasgo cosmopolita puede interpretarse como cercano al concepto de literatura universal— correspondió en líneas generales a la integración de Hispanoamérica y, en particular, de sus ciudades en la moderna economía mundial de signo capitalista, la novela regionalista lo hizo a la consiguiente incorporación del «interior». De hecho, no existió un enfrentamiento violento, sino más bien una continuación crítica, pues los regionalistas únicamente reaccionaron contra la tendencia exótica y evasora del modernismo, más que contra éste en sí. En consecuencia, la novela regionalista no trataría tanto de la lucha del hombre contra una imperiosa naturaleza o contra la injusticia monstruosa de otros hombres como del problema de la modernidad en el ámbito rural.

La idea del cambio, inherente a la representación artística del referente histórico abordada en estas novelas, implicaba una cierta pregunta sobre la identidad. La inquietud por los cambios que se estaban produciendo a menudo se formuló como «qué nos está pasando», o mejor, «qué queremos llegar a ser». La contestación exigía la respuesta previa a otro interrogante: ¿quiénes somos?

Según Gilberto Freyre, lo regional se opuso de modo saludable a las tendencias «excesivamente nacionales y también a las exageradamente internacionales o cosmopolitas»¹³. Su objeto no fue otro que preservar contra «el dominio social y cultural» extraño; evitar, de manera principal, el «centralismo», entendido como «subordinación de un país tan vasto como Brasil a

7 Torres Rioseco, Arturo, *op. cit.*

8 Portuondo, José Antonio, «El rasgo predominante de la novela hispanoamericana», en Loveluck, Juan (ed.), *op. cit.*, págs. 87-94.

9 Anderson Imbert, Enrique, «Discusión sobre la novela en América», en Loveluck, Juan (ed.), *op. cit.*, págs. 81-86.

10 Grases, Pedro, *op. cit.*, pág. 70.

11 Anderson Imbert, Enrique, *op. cit.*, pág. 81.

12 Goic, Cedomil, *op. cit.*, pág. 543.

13 Freyre, Gilberto, *Interpretación del Brasil*, México, FCE, 1964, pág. 86.

su capital, a Río»¹⁴. La justificada resistencia no anulaba la problemática determinación de los límites de la región. Ésta no podía configurarse sobre bases estrictamente geográficas; los elementos económicos e históricos debían jugar un importante papel en la división. Pero, como en las parábolas de Kafka sobre el imperio chino, resulta difícil, si no imposible, saber cuándo se alcanzarán las fronteras o si, por el contrario, se dejaron atrás hace mucho tiempo. De otro lado, el resentimiento contra la capital o la desconfianza hacia regiones más desarrolladas podía ser la excusa óptima para que el regionalismo se expresara en feudalidad. Al menos, ésta fue la conclusión a la que llegaron en las primeras décadas del siglo tres pensadores tan distanciados ideológicamente entre sí como Víctor Andrés Belaúnde, José Carlos Mariátegui y Jorge Basadre en su reflexión sobre el Perú: el regionalismo devenido federalismo, al corresponder a los intereses locales de los gamonales, derivaría en un refuerzo del poder central, que sólo tendría ante sí fuerzas divididas. Por otra parte, estas fuerzas, encarnando mezquinos egoísmos, y no valores culturales o económicos positivos, debían considerarse meramente «provincialistas», municipales.

Sin embargo, lo común fue la sinécdoque que pensó la región como imagen de lo nacional. Incluso en los casos más extremos, como en el del indigenismo cuzqueño, lo que se afirmaba, más que un modo de vida distinto al del resto del país, fue un nuevo concepto de nación, en el que lo indígena, antes ignorado y hasta despreciado por la cultura oficial, pasaba no sólo a ser parte sustancial de la nacionalidad, sino la nacionalidad misma.

Los motivos que influyeron en esta opción del uso nacionalista de la región por parte de los narradores fueron múltiples: un sentimiento nacionalista exacerbado por la presencia del imperialismo estadounidense y por la simbólica fecha del centenario del nacimiento de estas repúblicas, la existencia de una red vial, imprescindible para el buen funcionamiento de la economía capitalista y el desarrollo de un mercado interno que posibilitó, quizá por primera vez, pensar la nación en su totalidad y en la necesidad de unificar un estado con grandes desequilibrios de desarrollo. En todos los casos, la nación se definió no horizontal sino verticalmente, esto es, no por antagonismo con los países vecinos sino mediante una relación que ordenaba jerárquicamente el país.

Siendo inevitable el impulso modernizador experimentado por las provincias, la tarea no podía consistir sólo en debatir de manera bizantina la cuestión del atavismo regionalista *versus* el universalismo modernizante. En estas novelas, que hacían de la modernidad su punto de arranque y centro de reflexión, también se decidió cómo combinar ambos principios en porcentajes adecuados. Sin duda, las respuestas fueron heterogéneas.

En *Los de abajo*, de Mariano Azuela, publicada inicialmente en forma de folletín en *El Paso del Norte*, entre octubre y diciembre de 1915, se afirmaba la necesidad de modernizar el país. La plaga que debía erradicarse estaba eficazmente sugerida en el pasaje en que el protagonista Demetrio Macías le explica al curro Cervantes por qué ha tomado las armas.

«Bueno. ¿Qué pasó con don Mónico? ¡Faceto! Muchísimo menos que con los otros. ¡Ni siquiera vio correr el gallo!... Una escupida en las barbas por entrometido, y pare usted de contar... Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación»¹⁵. (114)

La realidad socioeconómica aludida no es otra que el patrimonialismo o caciquismo, cuyo representante local es don Mónico, como confirma Cervantes intentando hacer comprender a Demetrio el sentido auténtico de su alzamiento, el sentido de la revolución: «Mentira que usted

14 *Ibidem*, pág. 95.

15 Azuela, Mariano, *Los de abajo*, Madrid, Cátedra, 1983. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de la edición citada.

ande aquí por don Mónico, el cacique, usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación». (116)

Sin embargo, la novela denuncia la degradación del proceso revolucionario. El caciquismo parece haber encontrado un sustituto para don Mónico en la persona de Demetrio. Éste tiene sus secuaces, sus clientes, sus favoritos. Allí están el Güero Margarito y el curro Cervantes, la Pintada y la Codorniz prontos a confundir y apropiarse los derechos públicos en función de sus apetitos privados y de servir al capricho del jefe. Al final de la novela, después de dos años, es como si nada hubiese cambiado, porque las viejas estructuras permanecen incólumes.

Esta visión desencantada de la revolución, de la modernidad no cumplida le valió a Mariano Azuela el sambenito de reaccionario por parte de algunos lectores, el título de escritor *pequeñoburgués* incapaz de ver de manera comprensiva la aparente «barbarie» de «los de abajo». En las páginas autobiográficas que tituló *El novelista y su ambiente*, Azuela se defendió de esta acusación atacando:

«Se me acusa de no haber entendido la revolución; vi los árboles, pero no vi el bosque. En efecto, nunca pude glorificar pillos ni enaltecer bellaquerías. Yo envidio y admiro a los que sí vieron el bosque y no los árboles, porque esta visión es muy ventajosa económicamente»¹⁶.

Para otros, por el contrario. Azuela es el cronista de la revolución, representativo de las aspiraciones históricas de esa revolución y cronista fiel de la misma; y, por ello, revolucionario.

Reaccionario, revolucionario... la polémica —se ha señalado— podrá continuar sin límite para todos los que insistan en encontrar una sola verdad. En cualquier caso, es importante advertir que la figura del narrador con su apasionamiento, con sus intromisiones vehementes, permite recuperar la parcialidad del relato y comprender que cuanto se nos ofrece es, simplemente, una visión del fenómeno revolucionario.

«Desde entonces dejé de ser (...) el observador sereno e imparcial que me había propuesto en mis cuatro primeras novelas. (...) tuve que ser y lo fui de hecho, un narrador parcial y apasionado», confesó Azuela; pero también dijo: «Mi encono no es contra la idea [de la revolución], es contra los hombres que todo lo corrompen»¹⁷.

Desde esta perspectiva poco importa la desilusión del narrador, la decepción del mismo Azuela, porque la novela dice mucho más que eso.

La vorágine de José Eustasio Rivera, publicada en 1924, también expresaba el anhelo de modernizar el país. El discurso afiebrado de Arturo Cova, el narrador protagonista, mostraba rasgos arcaicos en la estructura nacional de Colombia. Ya el motivo de su huida con Alicia a los llanos de Casanare —evitar ser encarcelado por haber seducido a la muchacha— insinúa el rancio espíritu que regía en la capital de la oligárquica república. Pero esta vetusta mentalidad resulta insignificante con el estado de los llanos. Casanare es la frontera, el lugar en el que los indios flechan las reses y asaltan los fundos, llevándose a las mujeres y matando a los hombres, en respuesta a la violencia genocida; es el refugio adecuado para los prófugos, porque allí la justicia no llega o, a lo más, se muestra como una caricatura grotesca en la figura de José Isabel Rincón Hernández, un peón de carretera ascendido a músico y de ahí a juez de circuito.

«Aquel ambiente de pesadilla me enflaquecía el corazón, y era preciso volver a las tierras civilizadas, al remanso de la molicie, al ensueño y a la quietud»¹⁸ (167), afirma Cova.

16 Azuela, Mariano, *El novelista y su ambiente*, en *Páginas autobiográficas*, México, F.C.E., 1974, págs. 35-248, pág. 152.

17 *Ibidem*, págs. 113 y 151.

18 Rivera, José Eustasio, *La vorágine*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1990. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de la edición citada.

El abismo entre Bogotá y los llanos parece insalvable, pero todavía hay una frontera más allá, un mundo más violento y distante de la civilización que representa la envejecida sociedad bogotana: la selva. Huida con el cauchero Franco, Arturo Cova se lanza en pos de Alicia por las selvas de la Amazonía. Esta persecución infernal le permite a Rivera denunciar la esclavitud cauchera, una «nueva especie de esclavitud», dice el texto, que, por las deudas nunca salvadas del trabajador con el empresario, «vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos». (250)

«Estos crímenes que avergüenzan a la especie humana —dirá un fotógrafo francés, posteriormente asesinado por los empresarios caucheros— (...) deben ser conocidos en todo el mundo para que los gobiernos se apresuren a remediarlos» (267). Idéntico propósito redentor guía la redacción del manuscrito de Arturo Cova, olvidado de Alicia: «Cuide mucho esos manuscritos y póngalos en manos del Cónsul. Son la historia nuestra, la historia de los caucheros» (383-384).

La denuncia, potenciada por el grado de historicidad de los hechos y personajes, recae sobre el mismo gobierno, al que se acusa de participar en la criminal tarea cauchera, directamente o apoyando a los empresarios para que con su actividad mantengan la soberanía sobre esos bosques codiciados por los países vecinos.

La vorágine muestra un estado poco desarrollado, dividido en regiones mal articuladas entre sí y con profundos desequilibrios: «(...) nuestro Cónsul, al leer mi carta replicará que su valimiento y jurisdicción no alcanzarán a estas latitudes, o lo que es lo mismo, que no es colombiano sino para contados sitios del país» (361). Pero la requisitoria, anhelo de un estado más moderno, carece de autoridad en boca de Arturo Cova. Cova es apasionado, irascible, teatral, fantasioso, valentón, desequilibrado. Como Rivera hizo poeta a Cova, no sólo sus reacciones, exaltaciones y llantos son convincentes, sino que el tono lírico de sus memorias es auténtico¹⁹. Pero ello no impide que la veracidad de su contenido quede comprometida.

No en vano, Cova es un suicida. Su viaje —en el que Alicia se convierte en un pretexto— es una huida hacia una realidad diversa, porque aborrece el mundo envejecido de Bogotá, porque éste no le permite ocupar el lugar privilegiado al que aspira. Cova, el poeta, recuérdese, sueña en los llanos de Casanare con ser un gran terrateniente, olvidándose de la poesía a la que juzga «vanas aspiraciones», «engaño de triunfos efímeros». Su viaje al reino de lo prohibido y de la muerte es la respuesta a la falta de horizontes para la clase media en un estado oligárquico como era la Colombia de la época. Esta imposibilidad de desarrollo —que tiene un hermoso precedente en los extraños personajes de Dostoyevski en la Rusia zarista aproxima a Cova a los caucheros, esos piratas que esclavizan a sus peones y que, como se lee en la novela, «atropellados por la desdicha, desde el anonimato de las ciudades, se lanzaron a los desiertos buscándole un fin a su vida estéril» (297). La oligarquía se convierte así en la tercera frontera que debe abatirse para alcanzar esa nación con la que, parece, soñaba Rivera.

El materialismo, la industrialización, la urbe, el desplazamiento de la oligarquía terrateniente, la democracia política, las manifestaciones obreras... no es otro el cuerpo que proyecta su invisible imagen en la novela de Ricardo Güiraldes. *Don Segundo Sombra*, publicada en 1926, reconoce la modernidad histórica para rechazarla, para ignorarla como si no fuera. Después de la crisis del liberalismo y de sus respuestas filosóficas, se impone la vuelta al campo, a lo que es propio: la pampa, símbolo de lo esencial y puro, frente a la corrompida Europa, frente a la contaminada gran ciudad. Hay que volver al campo, como denuncia David Viñas, «quedarse

19 La interesante observación es de Enrique Anderson Imbert, recogida en Pérez, Trinidad (compilador), *Tres novelas ejemplares*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, pág. 198.

inmóvil y en paz, cultivando poéticamente el principio de identidad»²⁰. La escritura se refugia en la recreación de un pasado feudal idealizado, en cuyo inicio Fabio, el gaucha, ignora quién es su padre y se siente maltratado por unas viejecitas que lo cuidan. El lugar paterno vacío y la imagen materna devastada parecen condenarlo a la condición de marginado, pero una suerte de instinto natural, lo que más tarde se explicará como un «llamado de la sangre», lo empujarán a seguir a don Segundo, a alcanzar su identidad²¹.

Formado el iniciado en el oficio y la ética del gaucha, el maestro lo devolverá al lugar de origen, donde el padre muerto lo reconoce legalmente y lo inviste como heredero único de su estancia. Fabio ha alcanzado su identidad, pero siente el deseo de rebelarse: no reconocer a quien no quiso reconocerlo en vida, repartir las tierras entre los pobres y continuar caminando como gaucha. Pero don Segundo es tan cabal que sustenta la ideología de los dominantes, como si confirmara que el mundo siempre ha sido así y siempre lo será, y consigue hacerlo desistir de su absurdo propósito. Don Leandro, su tutor desde ahora, termina por convencerlo: «Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre gaucha. El que sabe de los males de esta tierra, por haberlos vivido, se ha templado para domarlos...»²² (179).

Se entiende bien el sentido de la formación de Fabio: sólo entendiendo visceralmente la manera de ser del gaucha, manejando su técnica de trabajo, se está en condiciones de imponer la autoridad sobre él. El respeto se consigue porque además de dueño se es gaucha.

La rebeldía de Fabio es tentadora por lo poético:

(...) gaucha y gaucha me parecían lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de llevar un nombre que indicara un rango y una familia me hubiera parecido siempre una reducción de libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra.

Pero los sentimientos están en contradicción con la realidad, porque los campos tienen alambradas y el resero para abandonar el camino tiene que pedir permiso. El argumento, como toda la novela, es una coartada idealista de un escritor que ama el campo sin límites, pero que histórica y concretamente es dueño de una estancia cercada de alambradas, perros y horarios de trabajo. La elegía sobre la figura del gaucha intentando convertirlo en mito de la nacionalidad termina cuando don Segundo desaparece en el horizonte; allí comienza la historia, aunque sea la historia del agro, pero la novela acaba.

Huasipungo de Jorge Icaza censura con severidad el modo en que se cumplía el proceso modernizador. La novela aparecida en 1934, narra desde una perspectiva omnisciente la criminal articulación de la economía capitalista foránea con la semifeudal economía nativa. Por encargo de Mr. Chapy, representante de los intereses imperialistas, el hacendado Alfonso Pereira emprende en sus tierras la construcción de una carretera que permita explotar los yacimientos petrolíferos de la zona. Aunque de manera desigual, el progreso, simbolizado por la carretera, beneficiará a todos, excepto a los indios. Ellos, los auténticos autores de la carretera, se verán

20 Viñas, David, *De Sarmiento a Cortázar. Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Editorial Siglo XX, pág. 184.

21 El lector atento reconocerá en estos párrafos dedicados al comentario de la novela de Güiraldes la lúcida interpretación que de la novela hace Matamoros, Blas, «Güiraldes, Arlt y la novela educativa», en *Lecturas americanas (1974- 1990)*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, págs. 71-79.

22 Güiraldes, Ricardo, *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Losada, 1975. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de la edición citada.

despojados de las míseras concesiones del sistema feudal que, sin embargo, posibilitaban su existencia, sin recibir nada a cambio: el *chigchi* o socorro de víveres y, sobre todo, el *huasipungo* o pedazo de tierra que el hacendado cedía a cada colono para que lo cultivase como propio.

En su articulación subordinada al capitalismo, el sistema feudal se librerá de todo sistema paternalista:

Tengo que ser fuerte. Cuarenta o cincuenta quintales sólo para regalar a los roscas [a los indios]. ¡No! Se puede vender a buen precio en Quito. Para pagar el transporte. Para... Si no soy fuerte no participaré en los negocios de los gringos²³. (183)

Privados de su pedazo de tierra, sustento material y hasta espiritual, forzados por la injusticia, los indígenas se alzarán contra el amo. El ejército, al servicio del poder, sofocará rápida y violentamente la rebelión.

El indígena no tiene un lugar en la vieja sociedad semifeudal; menos aún en el nuevo orden. El indio no tiene nación. No existe:

La prensa de todo el país engalanó sus páginas con elogios y fotografías que ensalzaban la heroica hazaña del terrateniente, del señor ingeniero, del cura párroco (...); ¿Y los indios? ¿Qué se hicieron de pronto los indios? Desaparecieron misteriosamente. (156)

La novela termina con el anuncio de un levantamiento por todo el continente. No queda claro, sin embargo, si esos brazos flacos que salen de la tierra como sarmientos clamando justicia constituyen una advertencia del escritor a su propio grupo social o si, por el contrario, son la amenaza de una voz que se atribuye, quizá interesadamente, la vicaría de los desheredados.

23 Icaza, Jorge, *Huasipungo*, México, PEPSA editores, 1975. Los números entre paréntesis remiten a las páginas de la edición citada.